

CARMELO LISÓN TOLOSANA (ED.)
Antropología: horizontes estéticos

Barcelona: Anthropos Editorial, 2010. 252 páginas.

El libro editado por Carmelo Lisón Tolosana es el variado conjunto de artículos y autores producto de un “symposium” organizado por Petra M.^a Pérez Alonso-Geta en Valencia, a mediados del 2007. Consta de diez capítulos y un prólogo del editor. Los autores, españoles con excepción de un italiano, se reunieron con la excusa de la antropología y la estética. Hay, sin embargo, enormes altibajos de capítulo a capítulo. Navega el lector entre hermosas reflexiones sobre Goya como antropólogo (Lisón), aburridos reportes de gestión cultural en un museo (De la Calle), crípticas discusiones sobre estética en la tradición de Occidente aplicadas al consumo cultural contemporáneo (Pérez, Colom), recorridos alucinantes de Picasso a Hulk, pasando por Jekyll y Peter Pan (Sanmartín); revisiones que descubren la invención del hispanomorisco (González), críticas del arte posmoderno (Granés), el uso de etiquetas tan equívocas como “antropología androide y biónica” (Buxó) o tan atractivas como “antropología teatral” (Giacchè) y, finalmente, cuidadosas excusiones por el paisaje como producto de la mirada del otro (Mairal).

Me pregunto, luego de leerlo, por la estética de un libro de antropología y por la estética en la antropología. Más general lo primero y extraña cuestión lo segundo.

La forma desaparece cuando uno no se da cuenta de los problemas. Pero cuando aparece, como en cuestiones de etiqueta, hay incomodidades. Y las incomodidades en la lectura de este libro tienen que ver con diferentes asuntos editoriales. Unos de orden político y otros puramente formales. Entre los últimos, molesta la falta de coherencia en la citación, que surge tan pronto como se intenta navegar en las referencias de cada autor. Incluso uno de los artículos no tiene bibliografía al final. Las imágenes que acompañan algunos capítulos no están debidamente identificadas y, en la mayoría de los casos, son tan pequeñas que dejan de ilustrar los argumentos. Debajo de la seria presentación de la colección de la que hace parte y que decide, a la postre, la portada y la caja editorial, es evidente el descuido en el tratamiento del conjunto, que luce más como producto del cuidado de cada autor que de una dirección editorial dedicada. Esto ya se involucra con “la política” de las ediciones similares a esta. Ciertamente, la organizadora del simposio que originó el trabajo es autora de uno de los artículos, pero ello no la hace editora y tampoco aparece como tal. El editor, seguramente obedeciendo a “razones prácticas” que se atienen al peso de los nombres, es un reconocido antropólogo español formado en Oxford y director

de un conjunto de trabajos de primer orden en la lengua castellana. El prólogo, un tanto anecdótico, devela, entre otros asuntos, su distancia de la mayoría de los trabajos publicados. Es una vieja costumbre de las ciencias sociales la edición de conjuntos de artículos como producto final de seminarios, mesas de congresos y otros eventos a medio camino entre la cena formal y la fiesta. Y es vieja la costumbre de dar más al que tiene más presentando en la carátula un nombre conocido como garantía de ventas.

Estos conjuntos de artículos suelen ser poco coherentes, aunque tienen la posibilidad de presentar parte de investigaciones mayores en un conjunto con el que dialogarían (cosa que ocurre más bien pocas veces). De los trabajos que presentan este tipo de ediciones uno extraña la elaboración misma de la antropología. Es sabido que vivimos en una época tacaña. Cuando publicamos son excepcionales los lugares que dan más de treinta páginas a un autor. Y cuando leemos queremos toda la información en la brevedad de un artículo. Por no decir ya de los trabajos de campo. Eso es paradójico, por lo menos, en una disciplina como la antropología, que requiere tiempo y espacio. La forma de este tipo de publicaciones hace creer a un número creciente de antropólogos que la disciplina puede vivir de relámpagos de inspiración crítica, que es lo que suele ocurrir con un artículo. Un artículo tiene la enorme limitación de que no puede enseñar el proceso de investigación y, sobre todo, suele ser

muy complicado escribir y leer etnografía en este tipo de producto.

Arribo, entonces, a la segunda cuestión. Creo que el único camino por el que la antropología puede abordar el problema de la estética empieza y termina con la etnografía. Hacer etnografía implica desde el comienzo una fuerte puesta entre paréntesis del gusto en el nivel más elemental. Desde aquello que consideramos buena comida, el tipo de escena que esperamos encontrar en el hogar, hasta la certeza de cómo deberían ser las cosas: la voz, el vestido, las relaciones sociales, la escatología; todo aquello que a nuestro parecer “está al derecho” y “podría estar al revés”; y que estando al derecho o al revés nos emociona o nos aterra. La estética podría definirse como todo lo concerniente a la legalidad del espíritu. Esto hace que uno extrañe algún trabajo etnográfico en estricto sentido en el conjunto de artículos de *Antropología: horizontes estéticos*. Más aún cuando varios autores tienen la intención de dialogar con el canon de Occidente. Sostengo que el camino por el cual podemos construir teoría antropológica, nos lo ha enseñado y nos lo enseñará la etnografía.

La reseña, por otra parte, de este tipo de producción resulta si no imposible, sí muy difícil. Sus virtudes dependen un poco del azar, de los intereses concretos del lector, de las modas académicas... Yo encuentro fascinante el brevísimo texto de Lisón, riguroso y claro el de Mairal, interesante el de Sanmartín, crítico en

justa medida el de Granés, retorcido el de Giacchè, innecesariamente elevados hacia la abstracción otros. Pero no encuentro un conjunto. Preferiría haber leído un solo estudio largo. Pero esto es muestra del tipo de publicaciones de antropología que estamos consumiendo y produciendo. Incluso hay estudios largos que se publican completamente, pero que se reducen a una sofisticada crítica de textos de la cual resulta difícil desenmarañar experiencias concretas o vidas viviendo. ¿De qué otra manera podremos llegar a dudar de lo que creemos que es como debe ser? ¿O ampliar el horizonte de la estética desde la antropología?

Si la intención es ampliar los horizontes estéticos de la antropología misma

creo que el resultado es ambiguo. Presenta estudios sobre contextos de los que la vieja antropología no se ocupó. Olvida la necesaria reflexión etnográfica que se remonta hacia la teoría para re-evaluar lo que podríamos generalizar. Pero sobre todo, salvo excepciones, el conjunto poco se atreve a jugar con la belleza y la fealdad en la construcción de textos sobre estética y antropología. Si es plausible ver a Goya como etnógrafo y como antropólogo ¿no sería deseable que algún antropólogo aspirara a ser goyesco? Tal vez sea demasiado pedirle a una disciplina que produzca textos bellos, ¡pero cuánta falta hacen!

LUIS ALBERTO SUÁREZ GUAVA

Universidad Externado de Colombia